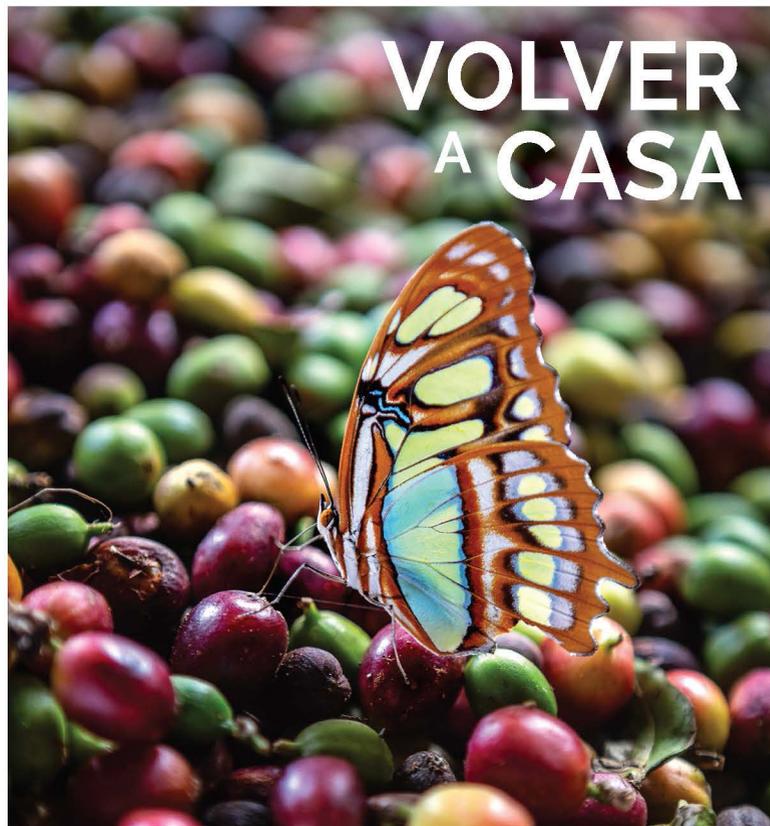


CRÓNICA VISUAL
DEL HURACÁN MARÍA
EN LAS INDIERAS

—
YADIRA HERNÁNDEZ PICÓ





VOLVER A CASA

CRÓNICA VISUAL DEL HURACÁN MARÍA EN LAS INDIERAS

YADIRA HERNÁNDEZ PICÓ

EL VISOR IMPLICADO

Dorian Lugo-Bertrán

20 de septiembre de 2017. De categoría cuatro a su entrada y posible categoría cinco en su paso por el centro de la Isla, el huracán María atraviesa Puerto Rico en peligrosa diagonal, abarcando la Isla toda. Ni un solo rincón quedó a salvo de su paso aplanador. Algunos quedaron, sin embargo, más afectados que otros, por diferentes razones. Uno de ellos fue el municipio de Maricao, conocido popularmente como el Pueblo de las Indieras, ubicado en el sector de la Cordillera Central en el centro-oeste de la Isla.

En su segunda exposición individual, el tema no ha sido de fácil acercamiento para la fotoperiodista y gestora cultural Yadira Hernández Picó, natural Maricao. Los objetivos fotográficos captados por su visor son seres humanos, claro que sí, y son también compueblanos y, en caso particular, su progenitora; otros objetivos fotográficos son entornos, claro que sí, y son también barrios vecinos, integrados por gente que, en ocasiones, se conoce.

La fotoperiodista recibe el paso del Huracán en Carolina. Al otro

día, como todo el que lo vivió, le toca afrontar lo que queda puertas afuera. Se puede decir que en ese momento Puerto Rico vive su segundo huracán: la lenta recuperación de los estragos de María.

Luego, Hernández Picó emprende en automóvil un épico recorrido al municipio montañoso que normalmente le hubiera tomado unas tres horas; esta vez le tomó ocho. Su "vuelta a casa", topos antiguo de la literatura y de la producción cultural general, se convirtió en una "busca de casa", pues el paso de María había

re-cartografiado su pueblo de crianza entero. Con carreteras intransitables por escombros y derrumbes, el nuevo Maricao era irreconocible, y exigía que una maricaeña de pura cepa preguntara a cualquier transeúnte por direcciones elementales, como turista: por cuál carretera andaba y cómo podía llegar a su barrio de crianza. Cuando al fin "vuelve a casa", con lo que allí se topó no me toca relatarlo a mí, por discreción. Pero quizá esta exposición deje entrever la experiencia.

La muestra se inserta en el género

del "relato visual", que combina crónica y fotografía. El relato integra el consabido esquema periodístico de la triangulación de contenido. Las fotografías evocan el sub-género de la fotografía sociodocumental: la fotografía de desastres naturales. Pero hay más. Se apropia deliberada y creativamente del sub-género de la fotografía vernácula, en las instancias en que generalmente se advierten seres humanos que pretenden retomar su antigua cotidianidad, y posan frontalmente para la cámara, entre ruinas, escombros y paisajes, sea

recogiendo o reorganizando pertenencias, sea realizando antiguas faenas.

En adelante, se cocina, como siempre, sí, pero bajo nuevo "techo azul": el del cielo raso diurno o el de la lona (impermeable) que hace llegar -con alarmante morosidad- una dependencia del gobierno federal estadounidense, también azul; se corre bici, sí, pero en lo que antes era un barrio, es en lo sucesivo terreno baldío, vecindario desolado. (Todo parece "quemado", asegura un entrevistado.)

Los antiguos hogares quedan, de repente, "reformulados": lo que antes era el afuera de la casa, en adelante es adentro-afuera, por naturaleza invasiva. El hogar sucesivo, como damero, opera con nuevos deslindes. El patio de antaño es la sala-patio de hogaño; la habitación de ayer es la habitación-almacén de hoy. "... las cosas de allá", refiere otra de las entrevistadas como si de una frontera se tratara, para indicar lo que ya no está acá, pese a que todavía "las cosas de allá" están dentro del antiguo espacio hogareño.

Y con esta suerte de "casa abierta", sobreviene también el "país abierto": la migración a raudales. Cercanos y lejanos que se mudan principalmente a los EEUU, para quienes el "volver a casa" no se sabe si en un futuro será con posibilidad de vuelta definitiva, de resuelta vacación anual u ocasional nostalgia navideña pero sin intención de regresar, ni mucho menos residir, en el País, tan felices allá, o finalmente de un sueño imposible de cumplir. Es la dialéctica actual de la casa que era, la casa que es, la casa que será, la casa que no será nunca

jamás. No es solo otro hogar lo que queda; es otro Puerto Rico. Quizá, otro Puerto Rico-mundo.

Con fotos que le toma pues a sus compueblanos y a su madre entre septiembre a noviembre del 2017, el visor de Hernández Picó no puede sino quedar implicado. Atrás queda la distancia -segurona- que impone el aparato mecánico. Sin el recurso del texto, las imágenes en sí mismas dejan entreoír, ruborizantes, el espacio fuera de campo, el íntimo mundo extra-visor: ¿estás bien?, ¿te ayudo en algo?

El objetivo fotográfico es envolvente, y su pretendida "objetividad", aparente. La intra-habitación en la imagen, en el mundo de la experiencia, es total. El sonido de la escoba, del embalaje, de la mudanza a otros lares, es penosamente audible.

Pero la imagen capta a la vez otros detalles: llama la atención, pese a todo, la voluntad de morar, a como dé lugar, de quedar en pie, de los maricaeños fotografiados. Quizá por ello la imagen insiste, a grandes rasgos, en el plano general, el encuadre nivelado, el

ángulo recto o ligeramente en contrapicado, la altura media, la composición con profundidad de campo que combina por términos figura, casa-ruina, y paisaje-cielo, los valores tonales de color altos, destacando la epopeya de la sobrevivencia diaria, con aire marcial digno. Sin embargo, con la figura humana descentralizada en ocasiones, el punto focal no es siempre el ser humano: hay fuerzas en juego aquí más grandes que lo humano. Cielos tupidos de nubarrones o de misteriosa refulgencia azul, no se sabe si tratan de gloriosa esperanza u

ominoso agüero.

Lamparazo general, esta exposición, y el evento que trata, es un llamado. A leguas de distancia de las fotos-símbolo de la iconografía de los sectores rurales de los años cuarenta y del predominio de la crónica urbana en Puerto Rico, Hernández Picó hace su aporte desde una suerte de arte-acción, de relato visual y acto, que como en otrora hiciera la pintura de género flamenca del Barroco, capta acá otra *extimidad*: las entretelas -¿o entrelonas?- de un nuevo mundopaís.



Félix López "Aquí estoy todo el día desde que pasó (el huracán), y cuando se pone oscuro pues entonces me voy pal lao, a en casa de mi hijo. Estoy esperando por FEMA."



Lisamary Rivera Ortiz y Kenyel Yahil Martínez Rivera (su hijo)



Dionisia "Catín" Cruz Padilla "He vivido unos días muy malos. [...] esta casa es el trabajo de toda mi vida. Yo me sacrificué lavando 'toilets', y lo perdí todo en un abrir y cerrar de ojos."



» **Nazarío Montalvo Irizarry** "Yo como, como pobre y trabajo como rico. ¿Pero qué mayor riqueza que comer en la maleza?" Apenas tres semanas antes del paso del huracán, en el mismo terreno -antes dominado por el verde y la frondosidad de los cafetos- Nazarío y su esposa, Rosa Julia Vélez, muestran el fruto recolectado.

Glenda Bonilla Santiago «
"Si se puede, reconstruyo aquí mismo. Aquí nací, aquí me crié, cuando me casé vinimos a vivir aquí, mis hijas han crecido aquí, siempre he vivido aquí.»





"Eso vino con
herbicida, porque
lo quemó toito."

TODOS LOS BARRIOS TU BARRIO

Ana Teresa Toro

Volver. Aunque nunca se regresa verdaderamente a ninguna parte. Volver. Aunque ya no seamos los mismos. Volver. Aunque nadie nos espere. Volver. Aunque el lugar no tenga rastro de nuestras memorias. Volver.

Las narrativas en torno a la idea del regreso, particularmente, del regreso a casa son algunas de las más poderosas de la historia. Desde la niña que frota sus zapatillas rojas anhelando el regreso hasta el hombre que va de isla en isla anhelando el retorno, la fuerza de este camino narrativo se impone y se expande.

Salimos al mundo y construimos narrativas sobre nosotros mismos, que naturalmente tienen como punto de partida -y tantas veces de retorno- el espacio que llamamos casa. Pero a veces volver a casa, también es volver a algún afecto. Otras, volver a casa es reconectar con el "yo" que fuimos cuando habitábamos ese espacio. Es decir, volver a casa de pronto se nos presenta como un retorno a la esencia, al "yo" más puro. Volver a casa es también volver a nuestra verdad.

La artista y documentalista Yadira Hernández Picó nos invita a adentrarnos al espacio íntimo de

un retorno doloroso. Su detallada documentación de las vidas e historias de los residentes de los barrios de las Indieras del municipio de Maricao, nos confrontan con la experiencia traumática del regreso a casa en el periodo posterior del paso del huracán María por Puerto Rico. La literalidad de esta narrativa -los personajes regresan a la que ha sido su casa y el paisaje ya no es el que fue- hace que cualquier valor metafórico se torne pequeño ante la dimensión del golpe de verdad: han regresado a casa, pero la casa ya no está. Han regresado a casa, pero ya nada es como era. El hogar que siempre está ha iniciado el viaje de los

vientos. Rota la narrativa, el regreso es literalmente imposible.

Desde el fotoperiodismo, la serie de 24 imágenes que integran la exhibición, nos presentan una mirada humanista del entorno y sus personajes. El resultado da muestra del proceso creativo y documental. Quien documenta con una fotografía ha estado varias veces allí, ha sido paciente, ha esperado el instante más prudente para hacer la fotografía. En el gesto de los personajes es posible trazar el rastro del encuentro humano que precedió a la imagen. No es un sujeto pasivo el que sostiene la mirada

a la cámara o deja perder la mirada en su entorno, es una persona que se sabe narrada y que narrándose a sí mismo logra construir su propia narrativa del retorno. Sucede lo mismo con las ventanas al paisaje. No sólo les podemos ver, sino que vemos lo que ven. Sus historias y su mirada se cruzan. Y es que a veces, incluso en la adversidad más cruel, no es hasta que armamos la historia de la tragedia, que podemos seguir adelante y transformarla. Contarnos y ser contados legítima de algún modo nuestra existencia, dignifica los silencios, le da cuerpo y rostro a nuestra historia. Pero más allá de ese

valor, a través de la serie de imágenes es posible ver mucho más que "el rostro de la tragedia" o "trascender la estadística", como dicen en los medios. A través de las imágenes iniciamos la ruta de ese retorno al hogar perdido después del huracán, que es también el nuestro. Al sumergirnos en las imágenes paisajistas, revivimos la sensación de aquella mañana después del desastre cuando salimos a la calle a abrir caminos que ya no era imposible reconocer. En la intimidad de este paisaje, está también la nuestra.

Hernández Picó robustece, problematiza y dota de matices su propuesta a través

de la integración de dos formatos de texto distintos: el testimonio en primera persona y la narración en tercera persona que hace la autora de la historia a la que nos enfrentamos. Creando una suerte de triangulación del relato: con la fotografía, el testimonio en primera persona y la narración en tercera persona, se presentan en tres elementos las tres patas de la compleja mesa de este universo. Este formato, muy propio de las narrativas que ha generado el Internet y las redes sociales, crea un rebote entre cada uno de los elementos que, a su vez, nos permite armar la estructura de la narración de acuerdo al tipo de lector

que somos. Habrá quien comience por la imagen, pero también habrá quien desde las narrativas llegue -o retorne con un nuevo aire- a ella. En este triángulo narrativo de texto e imagen, se maneja tanto el registro abstracto -la letra vacía de significado- y el realismo. Y es, precisamente, en ese punto medio: el que surge entre la subjetividad del encuadre de la fotografía y la veracidad de los testimonios, en el que se encuentra la posibilidad de acceder a la verdad de las vidas de los protagonistas. Una parte para el todo, un micro mundo para entender el que habitamos.

La exhibición como un todo construye a su vez un relato macro, pues la artista también retorna a casa y en un instante inesperado, descubrimos que una de las imágenes es un retrato de su casa, el hogar de su madre, el rincón de sus memorias en estos barrios de Maricao. Es en ese momento en el que confirmamos que, a través del acompañamiento al retorno a casa de cada uno de los personajes, es posible para nuestra narradora llegar también a su punto de partida. Contándonos el encuentro de los vecinos de su pueblo con sus memorias, poco a poco, la acompañamos también al encuentro con las suyas.

Como parte de este hilo conductor descubrimos además la voluntad de la autora de documentar y denunciar. "No sabía por qué ni para qué, pero sabía que tenía que hacerlo", dirá meses después de trabajado este proyecto Hernández Picó, acerca del motor que la llevó a ir día a día, casa a casa, acompañando y documentando las historias de este puñado de puertorriqueños a través de los cuales nos es posible encontrar en esta gota de verdad, el océano de historias que integran el saldo del paso del huracán María. ¿Por qué hacerlo entonces? ¿Por qué más fotos y más relatos del desastre? Porque también tenemos

derecho a la tragedia, también tenemos derecho a apropiarnos de ella. La obra se suma además a la larga hilera de historias donde reafirmamos que sigue siendo cierto aquel decir: si cuentas tu barrio, contarás el mundo entero.

En este barrio hay abandono, soledad, inocencia, amor, fe, dolor y verdad; temas todos de una universalidad incuestionable. A su vez, en esta obra, llama la atención aquello que no queda expuesto. No veremos el rostro de la documentalista, pero leeremos su tono narrativo y usaremos su marco visual para adentrarnos en este mundo. Y aún así descubriremos -como hemos

advertido- que, al embarcarnos en este recorrido visual, también acompañamos el regreso a casa de la autora y si nos detenemos en alguna imagen, tendremos la certeza de que en esos rostros, en esas casas destruidas y en este retorno doloroso, también irremediamente llegaremos a encontrarnos con la casa propia que también nos llevó el huracán. En todos los barrios recorres el propio, el intangible, el de la memoria.

Ana Teresa Toro
Río Grande, Puerto Rico
Agosto 2018



Yotziel y Joshniel Belén Medina. "Los juguetes y la ropita de la bebé están ahí, en el fango, ¿los viste?" Los hermanos corren bicicleta en el lodazal, ajenos, ingenuos, entre los escombros enclavados en la tierra, aún húmeda, mientras narran la historia de sus vecinos.



Guillermo "Andeu" Ramos



Juan J. "Migui" Martínez y Perla



Raymond Otero Cruz



Teresa Padilla





Blanca Figueroa. "Nos vimos a gatas. Yo aquí, soy el hombre: buscando chavitos, comida, agua, gasolina... donde sea que me dicen, allá voy."



La historia se repite para Blanca. Al perder su casa y todas sus pertenencias tras el paso del huracán Georges por la Isla en 1998, ella se vio obligada a convertir una escuela clausurada ubicada en una de las zonas más aisladas del pueblo de Maricao en su hogar. Allí ha habitado por 20 años sin servicio de energía eléctrica ni agua potable. En la foto de la izquierda, Blanca en el mismo lugar luego de María.



José Antonio Sánchez



Jaime Padilla



Francisco Miró Justiniano



Yolanda Picó "Perdí mi lugar en el mundo."

GRACIAS INFINITAS

A mis compueblanos, que me permitieron ser parte de sus vidas y sus luchas.
En sus historias y en sus voces, también está la mía.

A los amigos que apoyaron y vieron crecer el proyecto aun cuando no sabía
por qué ni para qué, pero sabía que tenía que hacerlo.

Y por supuesto a mi madre, Yolanda Picó.

Un agradecimiento especial a:

Alina Luciano
Ana Teresa Toro
Aurora Sotográs
Carlos L. Costas
César Rey Hernández
Dorian Lugo-Bertrán
Garvin Sierra
Hiram Martínez

Ida Quiles (QEPD)
Marlene Roque
Nereidín Feliciano
Noemi Santiago
Proviana Colón
Sonia Noemi Rivera
Sonya Cannetti
Virginia y Alvin Quiles

La realización de este proyecto ha sido posible en parte gracias al apoyo de la Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, el National Endowment for the Humanities, y la Fundación Banco Popular.



#VOLVERACASA



@YadiraPhotos

